

ALFAGUARA


José María Merino

El libro de las
horas contadas

1. El meteorito

Pedro se sobresaltó al advertir el resplandeciente recorrido de aquella estrella fugaz que rasgaba la negrura del cielo.

—¿No la habéis visto?

Perplejos, Mónica y Fran volvieron hacia él sus miradas.

—¿Ver qué? —preguntó Fran.

—Una estrella fugaz, enorme.

Un matrimonio veterano y un solitario que solamente durante algún tiempo de su vida vivió en compañía: el pequeño grupo fraguado en una ligazón antigua, al parecer inquebrantable, se había reunido otro verano más. «Acaso el último verano», solía pensar Pedro con incómoda resignación.

Aunque estaban a principios de agosto, los días seguían siendo muy plácidos. «Agosto, frío en rostro», se decía en otros tiempos, y ciertamente había en el ambiente un frescor que hacía gustosos esos momentos de la noche, a sus espaldas los crujidos tenues del monte, ante ellos la invisible serenidad del valle marcada por el crepitar de los insectos, o algún ladrido disperso, a lo lejos las luces de la capital.

La placidez enlazaba aquella noche con muchas otras semejantes de tantos veranos del pasado,

desde los tiempos de la lejana adolescencia, los tres sentados en la galería de una vieja casa de campo.

Fran y él eran primos, tenían casi la misma edad y habían estudiado juntos la carrera. En los tiempos de la adolescencia, un verano a la orilla del mar, conocieron a Mónica, y Pedro y ella habían comenzado un noviazgo cimentado en besos ocasionales y caricias furtivas que haría reír a los jóvenes de ahora.

—No la he visto —dijo Fran.

—Tampoco yo —confirmó Mónica.

—Un resplandor muy intenso. Como si fuese un meteorito importante.

Al pronunciar aquella palabra, *meteorito*, Pedro encontró la clave de su sobresalto.

El tercero de los años de su noviazgo con Mónica, último de la carrera, ya muy consolidada la relación amorosa, invitó a la muchacha a pasar una temporada en el lugar del valle montañés, la casa de los abuelos, donde habían transcurrido los veranos de la infancia en compañía del inseparable Fran y de otros primos, ahora ya ausentes o desaparecidos.

También aquel verano estuvo con ellos Fran, y también por las noches se sentaban en la galería y tomaban el fresco mientras charlaban, con la mirada perdida en las escasas luces diseminadas confusamente a los pies de aquella casa, en una oscuridad mucho más espesa que ésta.

Pero la tierna juventud se había extinguido ya hacía mucho tiempo. Pedro había asumido con

pesadumbre la dolencia que hacía del verano presente un espacio fronterizo, pues a mediados de septiembre lo esperaban tratamientos muy severos y otra importante intervención quirúrgica, a partir de pruebas fastidiosas y de un diagnóstico que no había suscitado declaraciones optimistas en los facultativos, de modo que aquellos momentos de los tres, sentados en la terraza ante la dulzura del verano, no reproducían los regocijos de los tiempos juveniles y de los años del crecimiento y de la madurez, sino que ofrecían ese pasmo consternado de ciertas despedidas.

—¿No os acordáis de aquel meteorito? —preguntó Pedro entonces, y quiso encontrar en las miradas de los otros dos alguna señal del mismo sentimiento que había motivado su sobresalto.

Empezaron a recordar, primero Mónica, luego Fran.

Estaban sentados en la galería de la vieja casa de los abuelos, con las ventanas abiertas de par en par. Entonces había unas butacas de mimbre muy desvencijadas, acababan de echar una partida de parchís, sonarían los Beatles en el tocadiscos de Fran, o los Rolling, fue Mónica quien primero lo vio, la súbita irrupción de aquella estela rojiza, cada vez más firme, más intensa, una masa fulgurante que descendía veloz sobre ellos, como un gran elemento pirotécnico.

—Una cabeza enorme, una cola de fuego muy larga.

El impacto había causado un fognazo repentino y gigantesco.

—Y el enorme chasquido cuando chocó contra el suelo, el trallazo retumbante.

Habían intentado adivinar dónde podría haber caído aquella cosa, tenía que ser un meteorito, pero la negrura anulaba las distancias y hacía imposibles las perspectivas.

Hacia la parte del monte, creía Fran; en las afueras del pueblo, calculaba Mónica.

El fenómeno no había pasado inadvertido en la comarca, y durante los días siguientes muchas personas anduvieron merodeando por el monte y por el valle, en busca de las huellas de la violenta colisión, pero nadie era capaz de dar con ellas. Por fin, alguno de los infatigables buscadores encontró un pedrusco brillante y arrugado, no más grande que un puño, en el fondo de un hoyo, un pequeño cráter, en la huerta asilvestrada de un molino abandonado.

El muro que rodeaba la construcción había ocultado el punto donde yacía, entre matorrales calcinados, aquella piedra negruzca, con un peso excesivo para su volumen, que pudo contemplarse y manosearse en la fonda del pueblo antes de que se la llevasen a Madrid.

—No sé si os acordáis, apareció en el molino de La Hibiera —dijo Pedro—, justo en el centro de la antigua huerta, como si alguien hubiese hecho puntería para acertar en aquel sitio, precisamente.

Miró a Fran y a Mónica con una sonrisa que parecía un gesto de cansancio, pero la enfermedad estaba cambiándole sutilmente las facciones, o acaso la tristeza daba a su expresión aquel aire de acabamiento.

—Entonces no os lo dije, porque quería apuntarme el tanto, ser yo el descubridor. Pues aquella noche, cuando vimos descender el meteorito con su cola de fuego, imaginé que había caído allí, precisamente allí, donde el molino de La Hibiera.

En Fran y en Mónica parecía haberse despertado un interés súbito por lo que estaba contando Pedro, cuya leve sonrisa se ofrecía cada vez más como una mueca amarga.

—No sé si os acordaréis, pero aquel verano yo andaba arrastrando el dichoso Civil, de modo que madrugaba para estudiar un par de horas por las mañanas, y por las tardes, cuando vosotros bajabais al río, me quedaba encerrado estudiando otro par de horas, antes de acercarme a la poza, para darme un chapuzón en vuestra compañía.

—Cómo no me voy a acordar —repuso Fran, en tono de broma—. De vez en cuando, sentados en aquella galería, nos hablabas de la organización económica de la sociedad conyugal, del régimen de gananciales, de los derechos sucesorios del cónyuge viudo, del *ius transmissionis*, como si nosotros no hubiésemos tenido que estudiarlo.

—Pues hoy os voy a contar algo que no sabéis y que esa dichosa estrella fugaz me ha hecho recordar, o mejor revivir, porque lo de olvidar, esas cosas no se pueden olvidar.

Dijo aquello y se quedó callado, como distraído.

—¿Nos lo vas a contar o no? —preguntó Mónica, tras unos instantes de expectación.

—Claro que os lo voy a contar, en realidad llevo años queriendo contároslo, y a la vez decidido a callármelo para siempre, pero ya que parece que estoy de despedida, y tras la señal del meteorito de hoy, no quiero llevármelo conmigo. Al fin y al cabo hemos compartido muchas cosas, creo.

Ni Fran ni Mónica hablaron tampoco esta vez.

—Digo que cuando vimos el rastro de fuego del meteorito y luego aquel enorme fogonazo, tuve la intuición de que había caído en el molino, acordaos de que a veces íbamos hasta allí para intentar pescar alguna de las truchas que había en la presa, aunque nunca lo conseguimos. Imaginé «ha caído en el molino» pero no os dije nada, quería reservarme yo la gloria del hallazgo, y cuando al día siguiente por la mañana, encerrado en mi cuarto frente al tocho de Civil, veía desde la ventana a la gente vagando por el monte, pensé que tenía que acercarme al molino para confirmar mi corazonada. Y lo hice aquella misma tarde.

Juntó las manos, las apretó un momento y los miró, uno tras otro, antes de volver a separarlas y continuar hablando.

—Vosotros os habíais ido a eso de las cuatro, en vuestras bicis, y yo salí también en la mía apenas media hora después, porque no podía aguantar la curiosidad. Tomé la senda que lleva hasta el molino.

Pensaba echar un vistazo en el interior de la edificación y luego en la vieja huerta, y buscar por los alrededores, si dentro no encontraba nada. Cuando me acercaba al molino, vi brillar algo metálico junto al muro: eran unas bicicletas.

Pedro dejó de hablar, pero esta vez no estaba distraído en sus evocaciones, sino que utilizaba aquella pausa como un acicate del interés de sus oyentes, a quienes observaba otra vez con fijeza, como si estuviese reconociendo sus facciones.

—Dejé mi bici y me acerqué. Aquellas bicicletas apoyadas allí me parecieron las vuestras. Había una de chica, roja, como la de Mónica, y otra amarilla con manillar de carrera, como la tuya. Me pregunté qué podíais estar haciendo en aquella parte del río, tan lejos del soto y de la poza. Entré en el edificio, y lo oscuro del lugar me desorientó un poco al principio, pero enseguida pude descubrir la mole de la gran muela, entre restos de la techumbre desmoronada. Resonaba el agua corriendo bajo mis pies y había en todo una quietud muy grande, mas advertí cierto movimiento en una zona lateral, en el rincón lleno de restos de viejos sacos. Las ruinas del techo, que me ocultaban, me permitieron atisbar dos cuerpos tumbados sobre los sacos. Claro que todavía estaba deslumbrado por la claridad exterior, pero aquellos cuerpos parecían los vuestros, el chico con el pantalón vaquero y aquella camiseta blanca que tú llevabas, aunque como estaba de espaldas yo no podía ver la cara estampada del Che, y la chica con una falda azul y una blusa rosa, igual que unas ropas que tú tenías, Mónica.

En el rostro de Pedro se había desvanecido cualquier rastro de sonrisa y presentaba una mueca que podía recordar el gesto compungido de algunas máscaras arcaicas. Las miradas de Fran y de Mónica estaban prendidas de aquellos ojos fijos y tristes.

—La chica tenía la blusa desabrochada y el sujetador suelto, y el chico le besaba las tetas como si quisiese comérselas. Yo no podía ver el rostro del chico, la chica tenía la cara vuelta hacia el otro lado y la melena le tapaba también las facciones. Me quedé tan desconcertado que no quise seguir mirando aquel abrazo, di la vuelta, salí del molino, monté en mi bici y ascendí por la senda monte arriba, busqué un lugar para sentarme un rato largo, no os podéis imaginar lo desolado y confundido que me sentía. Al fin decidí ir a la poza: estabais en el lugar de siempre, cada uno leyendo un libro, vuestras bicicletas apoyadas en un chopo, me recibisteis como todos los días, con saludos alegres, cómo has tardado tanto hoy, invitaciones a que me bañase, que el agua estaba muy buena, que estaría harto de tanto empollar.

Ya no les miraba, pero ellos seguían pendientes de sus palabras y de su rostro.

—Aquella noche no pude dormir, pero al fin decidí creer que no era a vosotros a quienes había visto en el molino, había más veraneantes en el pueblo, chicos y chicas de nuestra edad, que recorrían con sus bicicletas los caminos y las sendas, bicis parecidas a las nuestras, cuánta gente vestía vaqueros, y camisetas blancas, y faldas o blusas con el color y el aspecto de aquellas tuyas. Tomé la resolución de pensar de ese modo, y que tú siguieses siendo mi

novia y tú mi mejor amigo. Que aquella visión borrosa del molino no me obligase a romper con una forma de aceptar la vida que me hacía dichoso. Que el tiempo siguiese su curso como si aquellos cuerpos que se abrazaban sobre los sacos no hubiesen sido vuestros cuerpos.

Continuaba sin mirarlos, pero ellos no dejaban de mantener sus ojos fijos en él.

—Porque no lo eran, ¿verdad? —preguntó, en voz muy baja.

Ni Fran ni Mónica respondieron, los torsos un poco inclinados hacia delante, como si se asomasen a un precipicio que, de repente, hubiera surgido sustituyendo a la mesita de cristal.

—No, no lo eran, no erais vosotros. Y a lo largo de la vida tú has sido mi mejor amigo y tú una esposa cariñosa y fiel, y los tres hemos estado unidos por un afecto limpio y seguro, ¿no es cierto?

Pedro se levantó con dificultad.

—Voy a tomar mis pastillas y a acostarme. Me tenéis que perdonar, quizás hubiera sido preferible que no os hubiese contado nada.

Salió de la terraza arrastrando los pies, mientras Fran y Mónica se contemplaban en silencio.